DISCURSO DE RECEPCIÓN EN LA INCORPORACIÓN DEL ACADÉMICO CAMILO FERNÁNDEZ COZMAN

Manuel Pantigoso

Resulta muy grato haber sido designado por la Academia para saludar la presencia, entre nosotros, de uno de los más importantes críticos literarios jóvenes surgidos en las postrimerías de la década de los ochenta: Camilo Fernández Cozman. Y resulta más grato aún porque se trata de un querido ex alumno que desde las aulas sanmarquinas mostró vocación, sensibilidad y especial capacidad reflexiva para ingresar con solvencia en los entresijos perturbadores del texto literario. De su maestro Antonio Cornejo Polar aprendió, sin duda, que el método es un instrumento para acercarse, de modo fecundo, al texto, y no un fin en sí mismo. Supo también, desde aquella época, que no se trata de imponer la metodología al objeto de estudio, sino de realizar una hermenéutica creativa en donde el lector sea también un creador –o un recreador– y no un destinatario unívoco y pasivo de una obra que es, en sí misma, polisémica.

Un antecedente esencial de esta manera de acercarse al texto literario está en los trabajos de Estuardo Núñez, quien en *La poesía de Eguren* (1932) fue el primero en abordar la riqueza cromática de la obra del gran poeta simbolista peruano. En general, frente a la postura de Riva Agüero, que no comprendió plenamente el Modernismo de Rubén Darío y esa visión encantada y alucinada de la realidad de Eguren, Núñez opuso, en su percepción crítica, una visión más amplia de la literatura que incluía la lectura apasionada de los expresionistas alemanes y de la modernidad literaria francesa.

De la variada obra de Fernández Cozman, mostrada en libros, revistas y artículos periodísticos, podemos advertir algunas constantes que dan cohesión y unidad a su trabajo crítico. Por un lado está la mirada introyectiva que amarra, con lo literario, temas de cultura, antropología y

sociedad, como lo demuestra en los trabajos sobre *Bartolomé de las Casas, el indigenismo y los derechos de los indígenas* y en *La transculturación y la literatura latinoamericana*; o cuando se refiere a *Raúl Porras Barrenechea y la literatura peruana*; a *César Vallejo y la Teología de la liberación*; a la obra de sincretismo cultural de José María Arguedas, etc.

Por otro lado, sus reflexiones en torno a los elementos de la función poética y al análisis del discurso retórico y estilístico las leemos en sus ensayos sobre "La metáfora como universal antropológico de la expresión en la poesía de Pablo Neruda"; o en sus estudios sobre la poesía de Jorge Luis Borges, César Moro, Wáshington Delgado, José Watanabe, entre otros. Su inclinación por los autores franceses estará presente en sus brillantes estudios, de Stendhal, Rimbaud, Apollinaire, Eluard, y también de los surrealistas.

Su método de análisis del objeto poético está en permanente perfeccionamiento, como se percibe en sus libros publicados en donde siempre ha de aparecer un diálogo fructífero entre los aportes propios del crítico y aquellos formulados por la crítica anterior. Recordemos aquellos libros.

En *Las ínsulas extrañas de Emilio Adolfo Westphalen* (1990), que fue la ampliación de su tesis de bachillerato, aborda la poesía empleando una óptica plurimetodológica e interdisciplinaria que toma como punto de partida la metacrítica, es decir, el análisis de los aportes previos de los investigadores que han analizado la obra de Westphalen. De allí extrae una aguda problemática, punto insoslayable de inicio para interpretar la oposición vigilia/sueño y las recreaciones arquetípicas que se manifiestan en *Las ínsulas extrañas*, como el fuego, el agua, el árbol y el aire, que poseen una dimensión simbólica muy profunda.

En *Las huellas del aura. La poética de J. E. Eielson* (1996), basado en su tesis de Magister, el perspicaz crítico se acerca a las figuras literarias asimilando creativamente los aportes de la neorretórica de lengua francesa en feliz mixtura con la teoría de la modernidad del alemán Walter Benjamin, quien en su tentativa de establecer las bases de una "filosofía

del lenguaje" reflexiona sobre la automatización de la experiencia en el ámbito de la modernidad.

Rodolfo Hinostroza y la poesía de los años sesenta (2001), basado en su tesis doctoral, retoma aquella perspectiva de Fernández centrada en el análisis del estrato figurativo de los poemas, pero agrega el abordaje de la relación entre los signos y los usuarios; es decir, la óptica pragmática. Este volumen logra insertar al poeta de *Consejero del Lobo* en la tradición poética occidental, haciendo que su obra dialogue con la de Apollinaire o la de Mallarmé.

El Cántaro y la ola. Una aproximación a la poética de Octavio Paz (2004), es un modular estudio que busca trazar un mapa genealógico del ensayo y la poesía del gran escritor mexicano. Los antecedentes se hallan en Víctor Hugo, Baudelaire, Mallarmé y los surrealistas franceses. Pero también Paz se nutre de las culturas prehispánicas y de la cosmovisión oriental. Ese mundo polifacético aparecerá en su obra *Piedra del Sol*, mezcla de reflexión sobre la modernidad y de actualización de la cosmovisión prehispánica.

La soledad de la página en blanco. Ensayos sobre lírica peruana contemporánea (2005) es un racimo de trabajos sobre la poesía de autores principales como Manuel González Prada, Abraham Valdelomar, José María Eguren, Martín Adán, César Moro, Jorge Eduardo Eielson, entre otros. Fernández logra que la obra de estos poetas dialogue con las ideas de José Carlos Mariátegui, Walter Benjamin o Hugo Friedrich. El análisis del poema "Tiza blanca" de Eguren es ejemplar, porque, a través del abordaje de un tipo de rima, el crítico observa que el poeta barranquino busca que el arte (la pintura) y la ciencia (es decir, la matemática) se complementen siempre. No se trata –dice– de un mero poeta infantil, sino de alguien que medita sobre la deshumanización del hombre en el mundo contemporáneo.

Otro rubro importante de su labor literaria es la tarea de traductor literario a partir de la lectura de los poemas de Guillaume Apollinaire, Arthur Rimbaud, Paul Eluard y André Breton.

En el excelente discurso que acabamos de escuchar: "*Blanca Varela y la lucha interminable con las palabras*" –dedicado a una de las grandes poetisas del Perú contemporáneo– Camilo Fernández sostiene que esta fundadora de nuestras tradiciones poéticas contemporáneas se muestra contraria a aquellos creadores que, más allá del acierto o desacierto poético, tienden a la expansión del discurso. Ella, más bien, reduce el espacio de la expresión verbal a fin de lograr la precisión lírica. En esta síntesis de lo expresivo encuentra Fernández puntos de confluencia con el simbolismo francés y el surrealismo, porque en los textos de Varela estarán presentes, por un lado, esa atmósfera velada y sugerida que se muestra a través de un tipo de poema pleno de música y ensoñación, propios del simbolismo francés, y, por otro, ese toque onírico presente en otros textos donde la palabra se sitúa entre la vigilia y el sueño, correspondiente al surrealismo. En su exposición resulta sugestiva esa impronta de introducirnos en las varias capas que conforman el contorno y dintorno del texto analizado, dialogando paralelamente con la poesía en general; es decir, realizando la exégesis de la obra de Varela y, simultáneamente, a través de sus contribuciones y de las citas pertinentes, definiendo la naturaleza del fenómeno poético.

Detrás de todo ello la obra de Varela, viaja –lo dice el nuevo académico– de la confrontación (antítesis) a la analogía (metáfora), para mostrarnos al final, en la relación palabra poética–sociedad, que el yo poético transita del cuestionamiento del monólogo autoritario a la percepción de una dolorosa semejanza entre víctima y victimario, a tal punto que pareciera haber cuidado, en el poema, algunos rezagos de esa violencia en el comportamiento de la víctima. Fernández acota, con buen criterio, que allí está, en el meollo del poema, en su propia escritura, la crítica de Varela a la llamada "cultura de la barbarie", deshumanizada y cruel, ante la cual la palabra –que es antena y alarma– alza su voz como una praxis. En tal sentido, uno de los principales aportes del estudio sobre Blanca Varela es el diálogo que establece con Giovanni Bottirolí, quien reconoce en el poema el valor de los conflictos y la esterilidad de la pacificación. Sobre esta base, y tomando en cuenta los *estilos del pensamiento*, de los que habla el investigador italiano, Fernández acota que frente a las contradicciones y al funcionamiento de una inteligencia

estratégica, Varela asume la flexibilidad dialéctica del *estilo distintivo*, lejos de los usos institucionales de la lengua que correspondería, más bien, al *estilo disyuntivo*, sin equívocos ni interferencias. A partir de su estilo conjuntivo-disyuntivo, la poeta enfoca esa ambigüedad del poema que, a decir de Borges, es, siempre, “un espejo en la penumbra”.

Algunos podrían sostener que Fernández fuerza, a veces, la interpretación de los textos para verificar sus hipótesis. Otros quizá argumenten que sus análisis son la muestra de una fecunda imaginación crítica que busca incesantemente un equilibrio clásico entre el análisis formal y la hermenéutica interdisciplinaria. Pero, por encima de todo ello, resulta evidente que él ha conseguido sacudirse de dos falencias que a veces asoman en la crítica. La primera es el llamado “biografismo”, que se manifiesta cuando se estudia el poema como un reflejo de la vida del autor real. La obra literaria es, sobre todo, ficción. La segunda es el “contenidismo”, o sea, la reducción del poema, a los contenidos que expresa. Frente a esas dos posturas, Camilo Fernández plantea una crítica que permita al texto poético *dialogar*, a partir de su propia estructura formal, con otros discursos y contextos, de manera flexible y amplia, lejos de todo encasillamiento y dogma, apartado de esa mala costumbre de raigambre positivista que elige el método y plantea que este se puede aplicar, de modo inflexible, al análisis de todos los poemas, de todas las épocas y latitudes.

Por eso hemos escuchado, en su estudio sobre la poesía de Blanca Varela, la presencia dialógica con algunos estudiosos del lenguaje literario; pero también con Moro y Westphalen; y con Sologuren. Eielson y Salazar Bondy, compañeros de la Generación del 50 a la que pertenece esta luchadora incansable con las palabras.

Debemos finalizar diciendo que la postura dialogante de Fernández hace de la lectura del texto un acto lúdico y de su prosa de crítico una escritura creativa donde asoman el deleite y la alegría de aproximarse a un libro con frescura y limpidez. Quizá detrás de esta disposición no está solamente el crítico sino el poeta exquisito que también es. Recordemos

que en 1995 publicó el poemario *Ritual del silencio*, donde devela y revela una reflexión sistemática sobre la crisis del lenguaje poético a través del espacio de un hospital y de la inminencia de la muerte.

Por esa dedicación a la crítica literaria asumida con pasión, rigor y sensibilidad, celebramos hoy la incorporación de Camilo Fernández Cozman, como Miembro de Número, a la Academia Peruana de la Lengua. Le damos, en representación de todos sus colegas, un afectuoso abrazo de bienvenida.